

*La muerte como desaparecer del yo en la obra de
Chantal Maillard*
*Death as disappearing from the self in the work of
Chantal Maillard*

ALEJANDRO GONZÁLEZ JIMÉNEZ-PEÑA

Universidad de Málaga (España)

recibido: 16.07.2016

aceptado: 23.03.2017

RESUMEN

La muerte es un tema relevante no solo en los respectivos campos de la filosofía o las ciencias, sino en la vida cotidiana. Chantal Maillard, nutrida por el pensamiento oriental, nos muestra su visión acerca de la muerte entendida como el des-aparecer del yo. Para ello, realizaré en un breve recorrido por algunas de sus obras –principalmente *Contra el arte* y otras imposturas, *Poemas a mi muerte e India*–, donde expondré cómo entiende dicha noción nuestra autora. Trataré de reflejar la parte más artística de su pensamiento sobre la muerte en India, entendida como lo caótico de la creación del universo. Por otra parte, me apoyaré en otra perspectiva para tratar de aportar a la idea de muerte una línea de pensamiento menos influida por la filosofía oriental hinduista. Finalmente, llevaré a cabo una comparación sobre cómo se comprende la idea de muerte en Oriente y Occidente.

PALABRAS CLAVE

ORIENTE, OCCIDENTE, MUERTE, DESAPARECER,
CHANTAL MAILLARD, YO, ARTE

Claridades. Revista de filosofía 9 (2017), pp. 159-178
ISSN: 1889-6855 ISSN-e: 1989-3787 DL: PM 1131-2009
Asociación para la promoción de la Filosofía y la Cultura (FICUM)

ABSTRACT

Death is a relevant subject not only in the respective fields of philosophy or science, but in everyday life. Chantal Maillard, nourished by Eastern thought, shows us her vision of death understood as the dis-appearance of self. To do this, I will make a brief tour of some of his works –mainly *Against art and other impostures*, *Poems to my death and India*– where I will explain how the author understands the notion. I will try to reflect the most artistic part of his thinking about death in India, understood as chaotic of the creation of the universe. On the other hand, I will rely on another perspective to try to bring to the idea of death a line of thought less influenced by Eastern Hindu philosophy. Finally, I will make a comparison on how the idea of death in the East and West is understood.

KEY WORDS

EAST, WEST, DEATH, DISAPPEAR,
CHANTAL MAILLARD, I, ART

I. INTRODUCCIÓN A LA NOCIÓN DE MUERTE EN CHANTAL MAILLARD

EL SER HUMANO, EN EL PROYECTO VITAL DE SU EXISTENCIA, ha enfocado la mirada hacia la muerte de múltiples maneras. Friedrich Nietzsche, en su obra de juventud *El nacimiento de la tragedia* (1871-72), escribió que «sólo como *fenómeno estético* están eternamente *justificados* la existencia y el mundo»¹, siendo el arte remedio de esa trágica experiencia individual que conlleva el existir². Por otra parte, en el pasado siglo sobresale la concepción existencialista planteada por Martin Heidegger, desde su obra magna *Ser y tiempo* (1927), con la cual realizó una presentación nihilista del ser humano en términos de finitud. En cualquier caso, es necesario reconocer la importancia de la muerte en la vida humana para la construcción de la misma a partir del *yo*.

La muerte es comúnmente entendida como una noción que se posterga en el tiempo, llegando uno mismo a vislumbrar el ideal de inmortalidad –entiendo el término «inmortalidad» como la rememoración, el recuerdo, de un *yo* que pervive y se trasciende en el tiempo: «ser recordado». Esta noción ha sido tratada por diversos autores, entre ellos Hannah Arendt en su libro *La condición humana*³ (1958). Esta visión se basaría

¹ F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid: Alianza Editorial, 1979, p. 118.

² D. Csejtei y A. Juhasz, «Sobre la concepción de la muerte en la filosofía de Nietzsche», *Daimon* 23 (2001), p. 79.

³ H. Arendt, *La condición humana*, Barcelona: Paidós, 2005.

en sentir que no se muere, y, por ende, contemplar la vida como aquel espectáculo de ver morir a los demás. Sin embargo, es evidente que ese ideal de inmortalidad no se corresponde con la naturaleza humana. De hecho, y pese a sonar irónico, «nos consolamos como si pudiéramos escapar de la muerte»⁴, como señala Emmanuel Lévinas, filósofo de relevancia en el tema por su obra, entre otras, *Dios, la muerte y el tiempo* (1993).

La dimensión práctica y existencial de la muerte ha convertido esta temática en protagonista de los más variados autores que han rechazado el ejercicio de la filosofía como pura teoría. Sería el caso del célebre ensayo de Montaigne «De cómo filosofar es aprender a morir»⁵. En su estela, habría que situar la preocupación esencial sobre la noción de muerte, la cual ocupa una posición central en la extensa obra de Chantal Maillard, no solo por el significado que la autora le otorga, sino, además, por su profundidad.

Chantal Maillard (Bruselas, 1951) es una poeta y reconocida filósofa española, antigua docente de la Universidad de Málaga, cuya extensa obra comprende casi treinta años de producción en tres géneros principales: la poesía, el ensayo y los diarios. Sobre la misma se han realizado numerosos artículos, así como tesis doctorales⁶. Nuestra autora recoge, desde su obra temprana *Poemas a mi muerte* (1994), ciertos matices relevantes acerca de esta cuestión. También el largo poema *Matar a Platón* (2004), con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía, puede interpretarse como una reflexión acerca de la muerte, puesto que la trama narrativa se centra en un accidente de tráfico mortal⁷. Una cuestión, la de la muerte, que aparece tanto en sus diarios, como en sus trabajos ensayísticos y poemarios⁸. El *des-aparecer*, así concibe nuestra autora la muerte,

⁴ E. Lévinas, *Dios, la muerte y el tiempo*, Madrid: Cátedra, Colección Teorema, 2012, 5ª edición, p. 63.

⁵ Cfr., M. de Montaigne, «De cómo filosofar es aprender a morir», en M. De Montaigne, *Ensayos completos*, Madrid: Cátedra, 2008, pp. 12-138.

⁶ Dos son las tesis doctorales defendidas sobre la obra de Chantal Maillard hasta el momento: (1) Nuño Aguirre de Cárcer Girón, *La actitud contemplativa a través de la obra de Chantal Maillard*, el 2012 en la Universidad Autónoma de Madrid, y (2) Anna Tort Pérez, *Hilando Textos. Notas para una lectura hipertextual de la obra de Chantal Maillard*, el 2014 en la Universitat Autònoma de Barcelona.

⁷ Cfr., Ch. Maillard, *Matar a Platón*, Barcelona: Tusquest Editores, 2012.

⁸ Cfr., www.chantalmaillard.com [Consultada el 14/06/16]. En esta página hay enlaces directos a diversos artículos relacionados con la obra de la autora.

como veremos, conforma uno de los puntos cardinales del diálogo Oriente-Occidente, donde la estética adquiere un papel fundamental.

El hecho de considerar a la muerte como destino último del ser humano conduce a éste a reflexionar sobre la importancia que conlleva el *yo*. Ahora bien, ¿qué ocurre con el *des-aparecer* de dicho *yo*? Maillard ha escrito sobre la muerte impulsando nuevas líneas de pensamiento, entre ellas, la idea de muerte vista desde una perspectiva oriental. Nos muestra en sus escritos esa problemática que conlleva el *yo* individual respecto a la muerte.

De entrada, haciendo un breve recorrido por la obra de Maillard, se advierte que el *yo* no sería más que los recuerdos, creencias, opiniones, es decir, todo aquello que lo conforme. Esa desaparición del *yo* que tanto preocupa a nuestra autora engloba lo anteriormente mencionado, no aísla al *yo* de sus recuerdos, opiniones, creencias, entre otros, pues éstos lo conforman. Las influencias que recibe a partir de contacto con el pensamiento indio la conducen a construir el ideal del *yo* como *des-aparecer*, el cual analizaré a lo largo del presente trabajo, basándome en un enfoque tanto oriental como occidental.

II. LA MUERTE DEL YO SEGÚN CHANTAL MAILLARD EN UN VIAJE A ORIENTE

*«Pero cuando converso con ella quedamente,
con mis astros velados, mi ser en calma, viene
a anclar en mí como un navío.
No hace falta decirlo, ambas sabemos
que un mismo puerto nos aguarda,
que cuando al fin decida arrebatar me la mirada,
se desbará en mis ojos,
pues la muerte no es nada
si no hay quien la piensa y la anticipa»⁹*

«Desaparecer es una idea» lleva por título uno de los capítulos de su obra *Contra el arte y otras imposturas* (2009). Allí expone que tener constancia del acto de morir no implica, en absoluto, que claramente entendamos qué significa tal acto, como señala la autora en su libro. Evidentemente

⁹ Ch. Maillard, *Poemas a mi muerte*, Madrid: Ediciones La Palma, 2005, 2ª edición, p. 14.

«todos sabemos lo que es morir. ¿Lo sabemos? No: sabemos que alguien queda inmóvil, como el actor o el personaje de guiñol, pero no sabemos lo que es morir. No lo sabemos porque, en primer lugar, siempre son otros los que mueren y, en segundo lugar, porque, para esos otros, la experiencia de la muerte es una experiencia del límite, del límite de la vida, claro está»¹⁰.

Es decir, la muerte nunca es propia, vivida en primera persona. No obstante, la muerte, según nuestra autora, es la que otorga el sentido a nuestra vida.

Asimismo, en relación con la imposibilidad radical de experimentar la propia muerte como un estado más, efímero, podemos recordar a Lévinas quien escribió que «el morir, como morir del otro, afecta a mi identidad como Yo, tiene sentido en su ruptura del Mismo, su ruptura de mi Yo, su ruptura del Mismo en mi Yo»¹¹. Y es que, ahora bien, la muerte en sí, según la entiende Maillard, «es el *no-estado* que supone la retirada de todo aquello por lo que un ente es»¹², pero precisamente esa concepción del límite, de la muerte, que con firmeza nos escribe, es la que nos posibilita para realizarnos mediante el *yo*, mediante nosotros mismos. Es así como la autora pretende reflexionar sobre ese límite de la vida tanto en *Contra el arte y otras imposturas*, como en *Poemas a mi muerte*, entendiéndolo como: «la infinita (sin límites) ausencia. La imposible recuperación de una presencia»¹³. Es en esta frase donde se resume la concepción del fin de la vida como experiencia de la pérdida del otro. Regresemos a *Poemas a mi muerte*:

*«Su presencia le otorga a mi vida el sentido.
No concibo, sin ella,
ni el frescor de la aurora, ni la espléndida
compostura del gato al estirarse,
ni el oquedal umbroso o esa inmensa
pulsión que me convida
al goce de la lluvia. No concibo
el deseo que astutamente infiltra
el dolor en las venas, al cumplirse.
La dicha es la canción de cuna
que sus labios exhalan mientras los va cerrando.*

¹⁰ Ch. Maillard, *Contra el arte y otra imposturas*, Valencia: Pre-Textos, 2009, p. 275.

¹¹ *Dios, la muerte y el tiempo op. cit.*, p. 24.

¹² *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 275.

¹³ *Ibid.*, p. 276.

*Mi centro es una herida dulce
y su nombre es mi muerte»¹⁴*

He aquí la presentación de la muerte como centro vacío de la propia identidad, la identidad de un *yo*, y es esta oquedad del *yo* la que madurará en nociones postreras como la de «desaparecer», anteriormente mencionado.

En «Desaparecer», texto capital para el tema que nos ocupa, se nos ofrece una explicación algo más cercana y precisa, relativa al término «muerte» y su concepción. La imposibilidad primera de aprehender la muerte experimentada en un sentido positivo releva del puesto central a ésta, dando protagonismo a la noción del *des-aparecer*.

Para Maillard, en relación con la muerte, «lo que existe es, primero, el cuerpo inerte y, luego, su ausencia sentida, experimentada por los vivos, [...], con dolor, con angustia, con amargura, con rabia, con miedo, con alivio, en ciertos casos, incluso, con alegría. Lo que existe es el sentimiento que nos produce el haber dejado de existir de otro, la repercusión de su desaparición y la anticipación de la nuestra propia»¹⁵. Hablar de muerte, por consiguiente, no es posible, según nuestra autora. Sí, en cambio, de *desaparecer*. Se nos muestra el «desaparecer» como una de las numerosas consecuencias a las que estamos sujetos por nuestra condición mortal y finita.

Su libro *India*, publicado en 2014, es una compilación revisada de publicaciones previas que testimonian su relación con la cultura hindú, en él se recogen, desde la década de los ochenta del pasado siglo, veinticinco años de escritos relacionados con esta cultura. Esboza una incertidumbre a tener en consideración: la muerte, el desaparecer, la cuestión del *yo*, se revela como una constante y tema inspirador prácticamente de su obra completa. La problemática del *yo*, destacada en su obra *Bangalore* del año 1996, se nos muestra de manera clara y concisa cuando afirma que «no habrá castigo para aquel que cometa el crimen. Tampoco habrá recompensa para aquel que se ofrezca en sacrificio. Nada habrá después de mi muerte: después de mi muerte yo habré dejado de ser. Pero ¿he sido yo acaso alguna vez? ¿He sido ‘yo?’»¹⁶.

¹⁴ *Poemas a mi muerte op. cit.*, p. 28.

¹⁵ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 276.

¹⁶ Ch. Maillard, *India*, Valencia: Pre-Textos, 2014, p. 43.

Es necesario, como aclaración a las reflexiones finales de la anterior cita, mencionar que Maillard medita sobre esa experiencia de la muerte del yo individual aportando una conclusión aparentemente audaz: «nada habrá después de nuestra muerte, la de todos los que he sido, los que soy, los que seré»¹⁷. En ella Maillard trata de dar un paso agigantado en cuanto a la resolución, o más bien comprensión, de ese yo individual, que, de ser un centro vacío pasa a ser subsumido bajo la forma de un yo múltiple, un yo fragmentario, que a su vez se concibe como formando parte de la colectividad. Para entender dicha postura con mayor claridad debemos destacar el elemento de la compasión de un modo más cercano al budismo que al cristianismo, puesto que aflora en este punto como clave interpretativa decisiva. Hay una compasión para con los demás, pues, la idea que debiera ser entendida a raíz de lo mencionado sería la de una *muerte de todos*.

En referencia a la fragmentación del yo y a la imposibilidad lógica de asumir la propia muerte como negación del yo, se podría mencionar precisamente la impronta de las doctrinas budistas en la obra de nuestra autora. En particular la noción de *anātman*, o el *no-yo*, una problemática que reside en la (auto)conciencia. Esta idea acoge en sí un entramado metafísico que tiene como punto central la idea de muerte, de *des-aparecer*. Según Maillard, se puede abordar conceptualmente el *no-ser*, pero imaginarlo, pensarlo, asumirlo, es imposible, pues el propio ser humano se ve carente de poder, capacidad, para llevar a cabo dicha acción¹⁸. De ahí que se contemple la idea de muerte en el pensamiento de Chantal Maillard como *algo más* que la propia muerte del yo. *Anātman*¹⁹ precisamente es una de las nociones más relevantes de las enseñanzas budistas y alude a la insustancialidad de todos los seres, lo que viene a significar una impermanencia del sujeto o una ausencia (*no-yo*).

Desde la óptica budista, lo que vendría a considerarse el yo, no sería más que una ilusión de continuidad producida por la sucesión de impresiones mentales, el error radica en identificarse con ellas. Ese *yo-desaparecido* se torna comprensible si atendemos especialmente al budismo *mahāyāna*. Inspirada en estas ideas, afirma Maillard: «sí, pues, nada hay que sea permanente, ¿qué es lo que conozco cuando me conozco a mí

¹⁷ *Ibid.*, p. 55.

¹⁸ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 278.

¹⁹ *Anātman (no-yo)* deriva de la negación de *ātman* (la parte del aliento que corresponde a cada cual, exclusivamente individual).

misma? Y, por otra parte, si el “yo” es ilusorio, ¿qué puedo perder? O, mejor dicho, ¿quién hay que pueda perder algo?»²⁰. Este cuestionamiento de la propia subjetividad, entendida en términos substancialistas, está en la base de la radicalidad existencial del planteamiento maillardiano de la muerte. Pues, como señala la autora, «ciertamente, no puede morir aquello que nunca existió; si el “yo” no existe, no hay “yo” que pueda morir»²¹.

Contempla, nuestra autora, la idea de desaparecer como un destino inevitable, a lo que todo, sin excepción alguna, se encamina. Maillard, en sus diarios de 1996-1998, *Filosofía en los días críticos*, tenía presente esta cuestión y la formulaba en los siguientes términos:

«todas las cosas conspiran para la desaparición. Des-aparecer es el objetivo. El mundo es la historia de la visibilidad –el mundo que fue contado por los antiguos griegos–: apariciones y des-apariciones o la continuidad bajo la vida y la muerte. Aparición y desaparición de lo que no soy, siéndolo más de lo que me soy a mí misma por debajo de mí. Aparición y des-aparición de lo que no somos, ya que ser es ser limitado, ser es estar cercado, ser es vivir en un cerco: vivir atemorizado en un círculo de fuego sin atreverse a a-cercarse, a romper el cerco aproximándose a las llamas que aprisionan con su horror, con su nada, con su amenaza: la purificación, la destrucción por el fuego. Purificarse: desintegrarse. Des-integrarse: romper los límites que nos hacen ser, ser íntegro, ser una fuera de lo que sigue, a pesar de lo que sigue, por encima de lo que sigue. Yo soy una y mi cerco...»²².

La autora afirma que la identidad personal de todo ser es siempre la de un «ser limitado», que siempre toma conciencia de sí a partir de las diferencias con lo que lo rodea (el cerco) y co-define por exclusión, unas diferencias que son cambiantes y pasajeras, puro aparecer y desaparecer. Se trata de un cerco que oprime nuestro existir, nuestra existencia fugaz, volátil. No se puede entender, pues, la muerte como algo real en un sentido substancial.

Dada la preeminencia de la muerte en la obra de Arthur Schopenhauer y sus influencias orientales, sobre todo de las *Upaniṣads* hindúes, no extraña que Maillard le haya dedicado un detenido estudio a su obra. Más exactamente en *India*, en el capítulo «Schopenhauer y la metafísica

²⁰ *Ibíd.*, p. 294.

²¹ *Ibíd.*

²² Ch. Maillard, *Filosofía en los días críticos*, Valencia: Pre-Textos, 2001, p. 7.

india»²³. Según Schopenhauer, la muerte es «la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño»²⁴. Quizá se pueda entender el término «violento» como algo más impactante (que asombre), y no tan agresivo. A pesar de lo anterior, la frase recoge el sentido que Maillard manifiesta en sus ensayos, diarios y poemas.

Por tanto, la muerte es únicamente una cuestión de desaparición, de *des-aparecer*. No existe como tal, ni tan si quiera el concepto. No hay muerte, sino un cuerpo muerto, inerte; hay dolor, ausencia, una herida. Habría que considerar pausadamente la doctrina budista, la cual «entiende que todo sufrimiento es ilusorio porque la individualidad misma lo es. Al no haber ningún “yo”, no hay tampoco sujeto del dolor»²⁵. No obstante, hay «constatación de una evidencia: hay enfermedad, hay vejez, hay muerte; la existencia es dolor»²⁶. Hay muerte, una pérdida del yo, ausencia, hay *desaparecer*.

En *Matar a Platón*, Maillard pone de manifiesto el legado que dejó la visión platónica en la filosofía occidental, donde se delata cómo Platón desprovee al ser humano de su esencia temporal y fugitiva, componiendo un mundo paralelo «permanente», el Mundo de las Ideas, donde la muerte no existe. Es ahí donde reina la razón conceptual. Nuestra autora escribe: «Platón desterró a los artistas por temor a que mostraran que lo que ocurre no tiene correlato ideal, que cada ser no participa de su idea sino, al contrario, de todo aquello que él no es»²⁷. El poema principal, como denuncia a esto, relata la aplastante realidad de la vida, su contundencia, un hombre muere en un instante, fortuitamente, pues la muerte es imprevisible en ciertos casos.

La crítica de Maillard referente al pensamiento occidental es clara: después del platonismo, gran parte del pensamiento occidental, heredero del mismo, se encierra en la filosofía del *logos* y la razón conceptual, y esto administra «la realidad» desde un plano inventado y permanente, ajeno al devenir fenoménico al que deberíamos considerar. Este devenir fenoménico muestra que la simplicidad de la muerte, como explicación a

²³ Cfr., «Schopenhauer y la metafísica india», Suplemento Cultural del *Diario ABC*, 1998. Cfr., A. Schopenhauer, *El dolor del mundo y el consuelo de la religión*, Madrid: Aldebarán, 1998.

²⁴ A. Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, Madrid: Biblioteca Edaf, 2013, p. 108.

²⁵ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 132.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Matar a Platón op. cit.*, pp. 39-41.

la cita que cierra este apartado, se debe al carácter fugaz y perecedero de la propia realidad. De ahí la diferencia entre el «ser» y el «haber» (hay) o, en otras palabras, entre «ser» (substancia) y el «existir» (fenomenología).

«No es triste morir: es solamente el dedo del invierno reconociendo los cuerpos que se duermen. [...] Son extraños los males que los hombres inventan y es tan simple la muerte como el roce de un silencio cuando la luz se apaga».²⁸

II. EL ARTE DE LA MUERTE EN INDIA. LO CAÓTICO DE LA CREACIÓN DEL UNIVERSO

El cosmos de las cosas está destinado a la desaparición, a la nada, al vacío. El *yo* individual no queda atrás de lo anteriormente mencionado, sino que, a grandes rasgos, es aquella parte del cosmos que tiene conciencia de sí misma y de su desaparecer, –así como del de los demás, la muerte ajena. Y es que «como en un sueño, el ser humano va hacia su muerte. Como en un sueño, se ve ir hacia su muerte»²⁹. Desde la inspiración oriental, Maillard aborda esa experiencia con un planteamiento que engloba al propio *yo* individual en el conjunto, un conjunto entendido como el devenir de las vidas, de todo cuanto rodea al *yo* limitado. Dicho tratamiento se ve plasmado ya en su obra de 1993 *El crimen perfecto. Aproximación a la estética India*³⁰, con su capítulo último titulado «La muerte y el arte», así como en *Contra el arte y otras imposturas*.

Es aquí, pues, donde encontramos una primera aproximación a esa estética que presenta la noción de muerte a partir del imaginario mitológico hindú. Pese a la aparente desarmonía entre ambos términos (*aesthetica-mortem*) se podría llegar a afirmar, incluso, que es la muerte una de las principales dimensiones sustentantes de la estética, en nuestro caso. Pues la estética es el ámbito de lo concreto y particular que nos atrae y deleita en su inmediatez sensual, la cual es indisociable de su unicidad, y por ello, a la vez efímero y, en esa medida, «mortal».

Comenzando por su primera aproximación a la estética india con *El crimen perfecto. Aproximación a la estética india*, Maillard ha tratado de exponer la concepción de la muerte en el pensamiento, la mitología y el arte indio. Así, comentando imágenes de pinturas tántricas, la autora describe

²⁸ *Poemas a mi muerte op. cit.*, p. 87.

²⁹ *India op. cit.*, p. 646.

³⁰ Ch. Maillard, *El crimen perfecto. Aproximación a la estética india*, Madrid: Tecnos, 1993.

aspectos relevantes de la mitología india, como cuando habla de «la pareja cósmica, el dios śiva y la diosa Kālī, copulando en un campo de cremación. Alrededor, unas piras que arden. Śiva yace, dormido, inerte, con expresión tranquila y el miembro viril erecto. Kālī, acucillada sobre él, está armada con su espada, con la que se ha degollado. [...] Kālī, que aquí lleva el nombre de Cinnamastā, la decapitada, copula con su esposo para generar el universo al tiempo que lo destruye con su espada. Detiene el poder que genera el universo y se abreva de él, bebe su propia fuerza para volver a generar. De la parte superior de la cabeza de śiva brota el río sagrado, el Ganges, que fluye sobre la hierba donde los perros se entretienen con trozos de carne o huesos hurtados en las piras»³¹. Se observa, pues, la profunda imbricación y co-pertenencia del binomio vida-muerte en la tradición hindú.

La autora pone de manifiesto, desde la mitología, la concepción cíclica y circular de la temporalidad hindú vertebrada en la alternancia recurrente entre vida, muerte y renacimiento. Con referencia a lo anterior, y en relación, a su vez, con el carro del dios hindú asociado al sol, Sūrya, a quien está dedicado el templo de Konark en Orissa, afirma Rosa Fernández que «las grandes ruedas esculpidas en esta obra maestra del arte indio representan el dinamismo regular del universo; un ciclo comprendido entre los momentos de nacimiento y muerte, llegada al ser, maduración y decaimiento, disolución y reemergencia»³². En la anterior descripción de una de las imágenes más representativas del arte indio se subraya, también, la afirmación de la paradoja y el mito como modo de rebasar el ámbito discursivo y, a su vez, acercarnos a experiencias límite como la de la muerte³³.

Kālī, diosa terrible del hinduismo, simboliza el ciclo de la vida y la muerte remarcando con su actividad «depredadora de vidas humanas» la necesidad del renacimiento. Pues, según escribe Maillard, «es la gran dio-

³¹ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 279. Chantal Maillard ha realizado numerosas actuaciones referidas a la muerte en India. Entre ellas, destaco su lectura escenificada de *Diarios de Benarés*, acompañada del documental con David Varela sobre Benarés, «Nada muere en Benarés», cuyo visionado presencié en el Teatro Cánovas, en Málaga (diciembre de 2015). Enlace de la presentación: <https://vimeo.com/68001770>.

³² R. Fernández, *El juego dramático de la energía en el śivaísmo de Cachemira. Un estudio de estética comparada*, Universidad de Málaga, 2000, p. 16.

³³ Cfr., «El desfile de las hormigas» en H. Zimmer, *Mito y símbolos de la India*, Madrid: Editorial Siruela, 2001, pp. 13-21.

sa oscura, la personificación por excelencia de la *śakti* [energía]. Aunque excepcionalmente pueda ser representada blanca en su aspecto de creadora [...], Kālī es la diosa negra, pues, como dice el *Mahānirvāna Tantra*, tal como los colores desaparecen en lo negro, así todos los hombres y formas desaparecen en ella³⁴. Para ello, crea a la vez que destruye, sustenta al cosmos, conserva la existencia. Es menester aclarar que, así, «de acuerdo con la cosmología śivaísta, el espacio terminal ilustra la evolución de la existencia, los ciclos de la vida y muerte representados por los esposos divinos, unidos en el lugar de la muerte»³⁵, una muerte, por tanto, entendida como proceso cíclico firmemente ligada a su opuesto, el nacimiento, como mencioné con anterioridad.

Por otro lado, Śiva es el «dios de la muerte y la destrucción por excelencia, simboliza magistralmente la naturaleza ambivalente y paradójica del Absoluto: la unidad dinámica de lo diverso, de creación y destrucción, vida y muerte»³⁶. Es el danzante cósmico, quien transforma y destruye todo. El dios de la naturaleza y el tiempo que destruye, de la muerte que cambia e, incluso, de la vida que se genera y regenera. Además, «en términos metafísicos, Śiva se encuentra unido a Śakti, la energía a través de la cual se manifiesta y lleva a cabo la creación, la conservación y la destrucción del universo»³⁷, siendo Kālī, como hemos dicho, la personificación por excelencia de *Śakti*.

Esta sería, pues, la manera metafísica y mitológica que tienen estos dos mitos de comprender la muerte como parte de un proceso cíclico. Por su parte, la teoría del karma y la transmigración profunda, que ya aparece en las *Upaniṣads*, formaría parte de la estructura filosófica que sustenta esta visión artística y estética de la paradoja de la existencia. Un

³⁴ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 267. [Los corchetes son míos] Esta diosa, Kālī, es venerada especialmente en el tantrismo hindú, corriente esotérica y heterodoxa dentro del hinduismo que aboga por eliminar la dualidad mediante lo prohibido. Ver artículo de R. Fernández, «La energía creadora: el espectáculo de la conciencia», en Ch. Maillard (ed.), *El árbol de la vida. La naturaleza en el arte y las tradiciones de la India*, Barcelona: Editorial Kairós, 2001, pp. 177-190.

³⁵ *Ibid.*, p. 280.

³⁶ *El juego dramático de la energía op. cit.*, p. 59.

³⁷ *Ibid.*, p. 60.

paradoja que aparece en la unión de los opuestos (śiva y śakti, la conciencia y la energía, la vida y la muerte, etc.)³⁸.

Desde la visión india tradicional, la muerte es entendida como un suceder, *suceder-se* si hacemos mención al yo. Pues la vida es fugaz, pasajera, no es sino una continuidad de seres que desaparecen. Por tanto, y así lo concibe Maillard, «la vida no se entiende como bien, por lo que no se pretende una vida eterna, ni tampoco la muerte es un mal, sino un cambio de estado que permite el nacimiento de otros seres»³⁹. Y, como no podía ser de otra forma, «dado el carácter cíclico de la cosmovisión hinduista, los crematorios no son, como nuestros cementerios, lugares de desolación»⁴⁰, al contrario, más bien. Debemos de considerar, pues, la muerte como aquello destinado a otorgar necesariamente continuidad a la vida.

Maillard, en el desarrollo explicativo de la noción de muerte, en el capítulo «Desaparecer», nos habla, además, sobre la distinción del hilo de la araña y el hilo de las Moiras —o, como ella lo denomina, «el hilo de las Parcas». Se trata de dos grandes metáforas fundamentales, a las cuales debemos aludir por su trasfondo mitológico, cultural y artístico. Comenzando por la metáfora griega del hilo de la vida, las Moiras (Μοῖραι, las «repartidoras») eran tres: «Cloto, la hilandera, lo hila en su huso; la segunda Láquesis, el destino, mide su longitud, y la tercera, Átropo, la inflexible, lo corta con sus tijeras. Las Parcas, nombre latino de las Moiras, son hijas de la diosa Necesidad, a la que los dioses, incluido el propio Zeus, están sometidos»⁴¹. Las Moiras eran mostradas como divinidades encargadas de administrar la evanescencia de la vida, a cada yo individual en su finitud, separado del conjunto.

Lo que claramente denota la anterior cita de Maillard es, hasta el momento, la parte más occidental sobre la noción de la muerte del yo. Es decir, el metafórico hilo griego de la vida, las Moiras, es el claro ejemplo de una existencia particular, de un individuo. Según Maillard, es necesario clarificar que «a las doctrinas y cosmovisiones occidentales lo que les ha importado es la identidad de un individuo y su permanencia. [...] la iden-

³⁸ Cfr., «Recuperación de elementos védicos para la cosmovisión estética de Schopenhauer» (p. 107-132) y «La muerte y el arte» (pp. 133-146) en *El crimen perfecto. Aproximación a la estética india op. cit.*

³⁹ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 281.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 282.

⁴¹ *Ibid.*, p. 283.

tividad personal habrá de ser restituida en su integridad. Su pérdida es lo que se teme»⁴². En este párrafo se vislumbra la crítica de Maillard a Occidente y la alternativa de la cosmovisión india.

Por su parte, en las *Upaniṣads* será el hilo de la araña lo que represente la concepción cíclica de la vida. Se compara a la araña con el *ātman*, o, a veces, con lo imperecedero, pues, como advierte Maillard, «en el imaginario indio, lo que importa es el *brahman*, del que todo ser participa. [...] Tanto para el hinduismo como para la budismo, la individualidad es una idea errónea que resulta de la percepción de los sentidos. Según el primero, no somos otra cosa, los individuos, que modulaciones del aliento primordial (*brahman*). El *ātman*, que es, digamos, la parte de aliento que le corresponde a cada cual, no se diferencia del *brahmán*»⁴³.

Estas dos formas de entender el desvanecimiento inherente a todo lo vivo, el hilo de la araña y el hilo de las Moiras, convergen en que son una interpretación de la muerte del *yo*. Sin embargo, la postura oriental opta por una mayor consideración hacia el conjunto, enfocando la atención en el todo del que todo parte, y al que todo regresa. Como leemos en la *Munḍaka Upaniṣad* (1.1.7), se comprende con mayor detalle la ruptura y a la vez la unión del *ātman* y el *brahman*:

«Así como la araña segrega su hilo y lo recoge [...], así el universo surge del imperecedero»⁴⁴

En este pasaje upanisádico se refleja con exactitud esa unión en la que, según Maillard, «desde el momento en que se asume la equivalencia entre *ātman* (sí mismo) y *brahman*, se hace imposible pensar en el *ātman* en términos personales»⁴⁵. Por ende, la muerte entendida como acto individual se cierne ante el conjunto, no muere un *yo* individual, desgajado del conjunto, sino que «el *ātman* individual, el *ātman* entendido como conciencia personal, se disuelve en el espacio en el momento de la muerte. Queda el soplo, el aliento vital, posibilidad de toda vida. Nada individual permanece, nada individual transmigra»⁴⁶.

⁴² *Ibid.*, p. 284.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*, p. 283.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 288.

⁴⁶ *Ibid.*

Y es que, en su más profundo significado, se ha de admitir que evitar ese deseo de una permanencia individual no es, en absoluto, para nada sencillo desde la óptica occidental, pues Occidente ha anhelado, desde la antigüedad, la permanencia personal, y desligarse de ella es algo enormemente complejo y arduo de pensar desde nuestras coordenadas. Como expone nuestra autora: «si “mi” alma es algo que “me” pertenece, tengo que pensarme como algo diferente a ella y, además, superior a ella puesto que la “tengo”. Cuando digo “tengo un alma”, ¿quién la tiene? ¿Qué soy “yo”?»⁴⁷.

Estas reflexiones de Chantal Maillard hacen ver que la idea del *yo* en términos de posesión objetiva, tan típica en Occidente, es contradictoria con la propia naturaleza de la conciencia. Pues, como señala Anna Tort en su tesis doctoral, «la muerte no es nada sin alguien que la piense o la anticipe, y lo que piensa no es tanto la muerte, sino la ausencia, la propia y la ajena. No obstante, en cuanto a la propia, la limitación conceptual es evidente: la mente puede imaginar el propio cuerpo inerte pero no puede imaginar la ausencia de sí misma, porque no puede *pensar* sin ella»⁴⁸. Ciertamente, la conciencia no puede pensar en su propia antítesis, no está capacitada para ello.

Arthur Schopenhauer, sin duda también influido por Oriente, afirmó que «en el fondo, toda individualidad es un error especial, una equivocación, algo que no debiera existir, y el verdadero objetivo de la vida es librarnos de él»⁴⁹. Manifestando el carácter cíclico de la vida, «a la humanidad y no al individuo es a quien se le puede asegurar la duración»⁵⁰, esto es al conjunto de seres y no al *yo* individual.

III. EL SÍMIL DE LAS PERSPECTIVAS. UN PUENTE HACIA OCCIDENTE

*«La muerte nos consuela, ¡ay!, y nos hace vivir;
es el objetivo de la vida, y es esperanza única
que como un elixir nos invade y embriaga
animándonos a caminar hasta el anochecer [...]»⁵¹*

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ A. Tort, *Hilando textos. Notas para una lectura hipertextual de la obra de Chantal Maillard*, Universitat Autònoma de Barcelona, 2014, p. 128.

⁴⁹ *El amor, las mujeres y la muerte op. cit.*, pp. 108-109.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 108.

⁵¹ Ch. Baudelaire, [trad. J. L. Guereña], *Las flores del mal*. Madrid: Visor Madrid, 1982, p. 167.

Maillard realiza una crítica a la visión que Occidente tiene respecto al tema, la muerte. Donde manifiesta su posición, es sobre todo, en *Contra el arte y otras imposturas*, en el capítulo «Estrategias de Oriente y Occidente».

Es necesario, para una mayor comprensión, dilucidar cómo entiende la noción de muerte el occidente actual, y cómo diverge respecto de la filosofía oriental. Raimon Panikkar, filósofo, escritor y teólogo español, en su obra *La experiencia filosófica de la India* (1997) escribió que «en todo hombre y en toda sociedad hay un oriente, un origen, una luz matutina y occidente, un crepúsculo, una luz vespertina»⁵². Hay un oriente, un origen. Es comprensible, por tanto, que en un trabajo donde el principal cometido es definir la noción de muerte en una autora influida por una filosofía de índole oriental, pueda ser oportuno y complementario aludir también a un pensamiento menos influenciado por reflexiones del mismo trasfondo cultural⁵³.

Como señala Panikkar, en todo hombre debe haber un Oriente y un Occidente; en el pensamiento maillardiano, en relación con la idea de muerte, también queda patente una desarmonía entre ambas visiones, oriental-occidental.

En el prólogo a la edición de 2005 de *Poemas a mi muerte*, Maillard hace balance de su propia evolución en el tratamiento del tema en su obra y afirma que al principio «entendía que cada uno de los poemarios presentaba una manera de habérselas con la muerte, una, la del Occidente postilustrado, donde la muerte es la del individuo desgajado del mundo, por lo que se manifiesta como ausencia radical, y la otra, la del Oriente tradicional, donde la muerte no es tanto la propia muerte como la manera que el universo tiene de seguir vivo»⁵⁴. No obstante, como afirma la propia autora en su obra poética de juventud, sus pretensiones eran, más bien, ingenuas, pues su «contacto con la muerte había sido poco más que literario»⁵⁵.

El pasar de los años fortaleció la idea que la autora tenía sobre la muerte, desembocando en la noción de «desaparecer». Tras el prólogo,

⁵² R. Panikkar, *La experiencia filosófica de la India*, Madrid: Trotta, 1997, p. 15.

⁵³ Para un mayor conocimiento del tema desde una visión sociológica y antropológica cfr. F. Carbajo y R. Perrin, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona: Editorial El Acantilado, 2000.

⁵⁴ *Poemas a mi muerte op. cit.*, p. 7.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 8.

Maillard escribe que «más tarde habría de comprender que lo que ocurre, en realidad, no es la muerte, sino la incomprensible ausencia de los que nos dejan y la anticipación dolorosa de la propia desaparición»⁵⁶. Una noción, la del desaparecer, que Oriente ha acunado, interpretando la vida como un *suceder* eternizado, allá donde todo confluye; y, sin embargo, «nosotros [referido a Occidente] no asumimos la muerte, nos enfrentamos a ella o, simplemente, la encubrimos»⁵⁷, siendo ésta la principal idea obtenida a partir de la reflexión propia de la autora. Hay una clara desarmonía en la relación Oriente y Occidente sobre la idea muerte.

Chantal Maillard es crítica con la visión de la muerte que alberga la sociedad occidental actual, pues, comparando nuestra visión en el momento de entender la muerte, «el lejano Oriente supo interpretar la evidencia de la transformación, la no permanencia, la inconsistencia del yo, la caducidad»⁵⁸. En cambio, es necesario destacar que la enmarcada posición de nuestro pensamiento occidental ha recogido lo contrario de lo cultivado por las filosofías orientales que versan sobre la muerte. Maillard afirma con rotundidad que «desde todas nuestras instancias (intelectual, moral, religiosa, etcétera) hemos afirmado y afirmamos la permanencia. Esto es lo que nos estorba a la hora de nuestra muerte, de la nuestra y de la ajena. Por eso la evitamos y, al hacerlo, despojamos a los que mueren de la dignidad que, socialmente, les corresponde. Les desintegramos. Les arrancamos de la comunidad de los que siguen vivos»⁵⁹.

Siguiendo otros estudios específicos sobre el tema, podríamos señalar que «aunque los individuos mueren, la vida continúa y se perpetúa, a través, ciertamente, de los individuos, pero trascendiéndolos. En efecto, no es la vida la que nace y muere, sino el individuo»⁶⁰, de ahí que sea evidente suponer la separación de un individuo de otro en el acto de morir. Esta postura individual es desde la que Maillard es rotunda al afirmar que la muerte es «asunto, siempre, de “los otros”, por supuesto (son ellos los que mueren)»⁶¹.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 8-9. [Los corchetes son míos].

⁵⁸ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 296.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ C. Scalamenti (ed.), «Il significato della morte e il progetto collettivo», en E. Anruba (ed.), *Filosofías del dolor y la muerte*, Granada: Editorial Comares, 2007.

⁶¹ *Contra el arte y otras imposturas op. cit.*, p. 297.

Siempre son otros los que mueren. La anterior cita puede enriquecer el panorama occidental al plantear una muerte en el sentido oriental, como lo propone nuestra autora. Según pensaba Julián Marías, lo desesperante es «la absoluta soledad de la muerte, que tiene que morir cada cual sin compañía, y es la raíz de la más honda desesperación al ver morir a una persona que se quiere como propia. Ésta es la verdadera impotencia, no el no poder salvar, sino no poder estar con el que muere: es el abismo»⁶². El hecho, por tanto, de quedarse solo respecto del fallecido es siempre producido por la muerte del «otro».

La noción de muerte en Occidente, debida a la no asunción de la propia finitud, se encuentra fuertemente ligada a una tristeza que separa al individuo de su condición mortal. De hecho, la principal diferencia con Oriente, según señala Maillard, es que «la tristeza es el gran pecado de Occidente»⁶³. No se acepta el carácter perecedero del ser humano, no lo asumimos sino que, más bien, nos enfrentamos a él. Maillard propone que «la primera tarea de una sociedad adulta, pues, en lo que concierne a la muerte, debería ser la elaboración de unos rituales de duelo. La segunda, la observación de los miedos. La tercera, educarse en la compasión»⁶⁴. Quizá es en esta última pauta mencionada por Maillard en la que se encontrarán Oriente y Occidente, pues, según la autora, una «educación en la compasión, en el com-padecimiento (*cum patbos*)»⁶⁵, llevaría a «compartir con otros la conciencia del dolor, del miedo y del común desamparo»⁶⁶.

«Así, frente a la muerte hay dos actitudes: una, hacia adelante, que la concibe como creación; otra, de regreso, que se expresa como fascinación ante la nada o como nostalgia del limbo»⁶⁷

⁶² Julián Marías, *Miguel de Unamuno*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1943, p. 82.

⁶³ María Luisa Blanco, Entrevista a Chantal Maillard “Yo creo que corazón ya no tengo”. *El País*, *Poetas españoles del hoy*, (2007). Adjunto la dirección URL de la página oficial del diario: http://elpais.com/diario/2007/06/16/babelia/1181950750_850215.html [Consultado el 04/06/16]

⁶⁴ Ch. Maillard, *Contra el arte y otras imposturas*, cit., p. 298.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 55.

IV. CONCLUSIONES RESPECTO A LA NOCIÓN DE MUERTE

La muerte es uno de los focos centrales en el pensamiento filosófico tanto de Oriente como de Occidente. Fue descrita por Schopenhauer como «el genio inspirado, el Muságetas de la filosofía... Sin ella difícilmente se hubiera filosofado»⁶⁸. Las influencias que Schopenhauer recibió del hinduismo y el budismo hacen adjudicar a la muerte un papel protagonista en la gran obra que es la vida. Ciertamente, se podría decir que «la muerte escolta a la vida como la sombra al cuerpo»⁶⁹, y debemos, pues, asumir la condición mortal y perecedera que tiene el ser humano, así como todo ser vivo, por naturaleza.

Pretendo con el trabajo exponer las claves que rigen el pensamiento de Chantal Maillard en torno a la idea de muerte. Como señala Nuño Aguirre: «el problema del sufrimiento es la preocupación vital de Maillard. Como el budismo, Maillard comprende que la cuestión del yo individual es la clave para romper el círculo vicioso de la existencia»⁷⁰, sin embargo, hemos comprobado que definir en qué consiste tal *yo* individual es una tarea abocada al fracaso.

La obra de Chantal Maillard recoge ideas sumamente relevantes sobre la noción de muerte en la cultura oriental. En su planteamiento, partirá de una crítica del *logos* platónico⁷¹ y en consecuencia del pensamiento occidental conceptualizante. Es ahí donde se confronta el Mundo Sensible con el ficticio y universal Mundo de las Ideas. Este último aparece en representación del *no-cambio*, la *no-muerte*, es decir, lo eterno y permanente; es todo aquello que se encuentra comprendido en el concepto, de carácter trascendente, lo imperecedero. En cambio, el Mundo Sensible acoge en sí al *yo* individual, terrenal y finito, un mundo, en definitiva, sometido al cambio, fugaz y perecedero. Es la cultura hindú una de las grandes influencias de Chantal Maillard, pues de sus ensayos, diarios y poemarios se recoge una crítica al *yo*, al sujeto, cuya reflexión desemboca en la noción de «desaparecer», en la muerte del *yo*. Se produce una confrontación entre la visión del universo como proceso, dinamismo y cambio, con

⁶⁸ *El amor, las mujeres y la muerte*, op. cit., p. 107.

⁶⁹ J. L. del Barco, «El necio desmán de matar la muerte», en *Educación y Educadores* 13, (2010), p. 145.

⁷⁰ N. Aguirre, «Chantal Maillard y la India», en *Papeles de la India* 42/ 2 (2013), p. 29.

⁷¹ Los registros de su escritura, cada vez menos académica (poesía, ensayo, diario), tratan de dar cuenta de esta crítica al logocentrismo.

todo aquello que estatifica. La idea de «desaparecer» viene, así, a imponerse frente a lo estático, frente a la sustancia, al concepto.

Por tanto, podría afirmarse que dos de las fuentes de inspiración de las que se nutre Maillard son, por un lado, el budismo, en particular la noción de *anātman* o *no-yo*, que sostiene que no hay nada permanente en el universo de momento en momento. Y, por otro lado, el hinduismo, el śivaísmo tántrico, donde se nos muestra desde la mitología hinduista la unión de opuestos, vida y muerte. Es aquí, en el imaginario hindú, donde se representa la cosmovisión cíclica de la vida, la alternancia de opuestos, simbolizada por los esposos divinos śiva y Kālī.

En *Matar a Platón* nuestra autora muestra, al igual que Jorge Vicente Arregui en su libro *El horror de morir. El valor de la muerte en la vida humana* (1992), cómo el hombre muere a cada instante, cómo «la existencia es humana, es decir, finita, porque la muerte es una posibilidad presente en cada instante de la existencia»⁷². Como apuntábamos al inicio de este texto, Heidegger ya habló sobre la finitud de la vida y la condición mortal del ser humano. En su obra *Introducción a la metafísica* (1953) escribió algo que podría resonar con premisas orientales y que nos parece una manera acertada de cerrar nuestra reflexión: que «el ser de la vida es, al mismo tiempo, muerte. Todo lo que empieza a vivir comienza ya a morir: accede a su muerte y ésta es, simultáneamente, vida»⁷³.

ALEJANDRO GONZÁLEZ JIMÉNEZ-PEÑA es escritor y graduado en Filosofía (Universidad de Málaga, UMA). Está cursando actualmente Antropología Social y Cultural en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED), al tiempo que prepara su doctorado en filosofía en la UMA.

Líneas de investigación:

Antropotanatología filosófica y filosofía de la muerte.

Publicaciones recientes:

- *El Réquiem de Weltschmerz. Los presagios del mal*. Almería: Editorial Círculo Rojo, 2017.

Dirección electrónica: alex1993x@hotmail.com

⁷² J. V. Arregui, *El horror de morir. El valor de la muerte en la vida humana*, Barcelona: Tibidabo Ediciones, 1992, p. 182.

⁷³ M. Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Buenos Aires: Nova, 1969, p. 169.